

Guillaume Musso

**LA VIDA ES UNA NOVELA**

Traducido del francés por Amaya García Gallego

Título original: *La vie est un roman*

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Calmann Lévy, 2020

© de la traducción: Amaya García Gallego, 2021

Illustrations © Matthieu Forichon

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2021

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

[www.AdNovelas.com](http://www.AdNovelas.com)

ISBN: 987-84-1362-486-0

Depósito legal: M. 21.610-2021

Printed in Spain

*Para Nathan*



*Sábado 30 de junio, 10.30 h de la mañana*

*Nerviosísimo. Me gustaría empezar una novela esta tarde. Llevo dos semanas preparándome. Los últimos diez días, he vivido con los personajes, en su ambiente. He estado afilando las cuatro docenas de lapiceros nuevos y me temblaba tanto la mano que me he tomado media tableta de Belladénal. ¿Lo conseguiré? [...] De momento, estoy muerto de miedo y me tienta, como siempre, dejarlo para más tarde o, directamente, dejar de escribir.*

*Georges SIMENON,  
Cuando yo era viejo*



**La novelista galesa Flora Conway,  
ganadora del Premio Franz Kafka**  
Agencia France-Presse, 20 de octubre de 2009

La discretísima novelista, de treinta y nueve años, ha recibido el prestigioso galardón que todos los años aclama a un escritor por el conjunto de su obra.

Flora Conway, que padece fobia social y aborrece abiertamente las multitudes, los periodistas y los viajes, no acudió a Praga para asistir a la ceremonia, que se celebró el pasado martes por la noche en los salones del Ayuntamiento.

Su editora, Fantine de Vilatte, fue la encargada de recoger el trofeo, una estatuilla de bronce con la efigie de Franz Kafka, que lleva aparejada una dotación económica de 10 000 dólares. «Acabo de hablar con Flora por teléfono. Les da las gracias efusivamente. Este premio le hace especial ilusión, pues la obra de Kafka es para ella una fuente inagotable de admiración, reflexión e inspiración», ha declarado la señora De Vilatte.

Este premio lo otorga mediante jurado la Franz Kafka Society en colaboración con el Ayuntamiento de Praga desde 2001. Entre los galardonados figuran Philip Roth, Václav Havel, Peter Handke y Haruki Murakami.

Su primera y ambiciosa novela, *La chica del Laberinto*, publicada en 2004, situó a Conway en los primeros puestos de la escena literaria. La obra, que se ha traducido en más de veinte países y que la crítica ha aclamado como un clásico instantáneo, narra la trayectoria de varios neoyorquinos la víspera de los atentados del World Trade Center. Todos ellos se cruzan en el Laberinto, un bar de Bowery en el que la propia Conway trabajó como camarera antes de publicar la novela. A esta siguieron otros dos títulos, *El equilibrio de Nash* y *El final de los sentimientos*, que la consagraron como una de las grandes novelistas de principios del siglo XXI.

Precisamente, en su discurso de agradecimiento, Fantine de Vialatte se complació de poder anunciar el lanzamiento de una nueva novela. Esta revelación se propagó como un reguero de pólvora en el mundillo literario, pues la publicación de un nuevo Conway constituye todo un acontecimiento.

El aura de esta novelista no está exenta de misterio, dado que Conway, sin llegar a ocultar su identidad, nunca ha aparecido en televisión ni ha participado en ningún programa de radio, y su editorial solo ha difundido una foto suya.

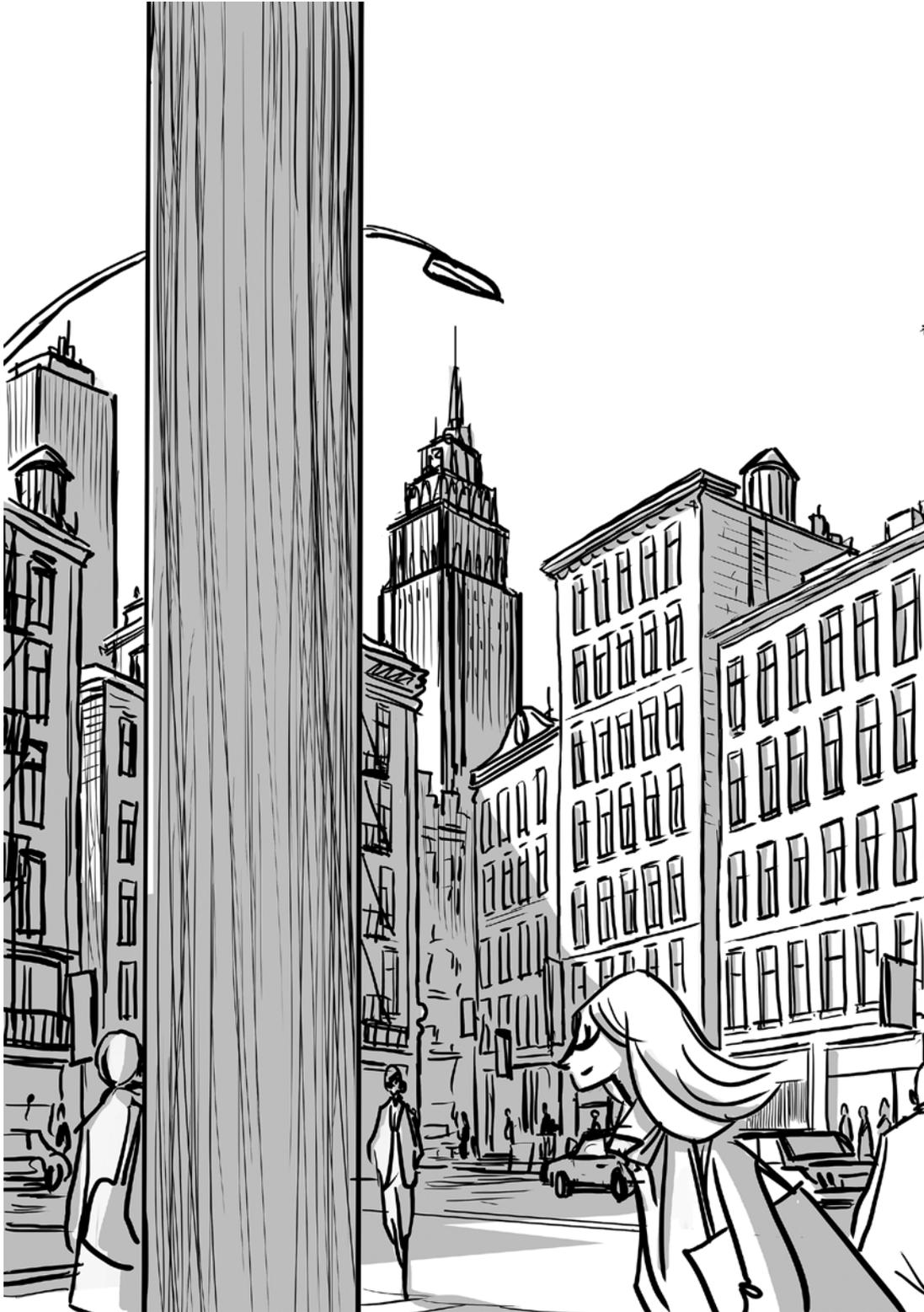
Con cada lanzamiento, la escritora se limita a conceder entrevistas con cuentagotas y por correo electrónico. En reiteradas ocasiones ha declarado que aspiraba a no estar sujeta a las obligaciones y la hipocresía vinculadas a la fama. En las columnas de *The Guardian* explicaba recientemente que se negaba a formar parte de un circo mediático del que abomina y añadía que escribía novelas precisamente «para huir de este mundo saturado de pantallas pero vacío de inteligencia».

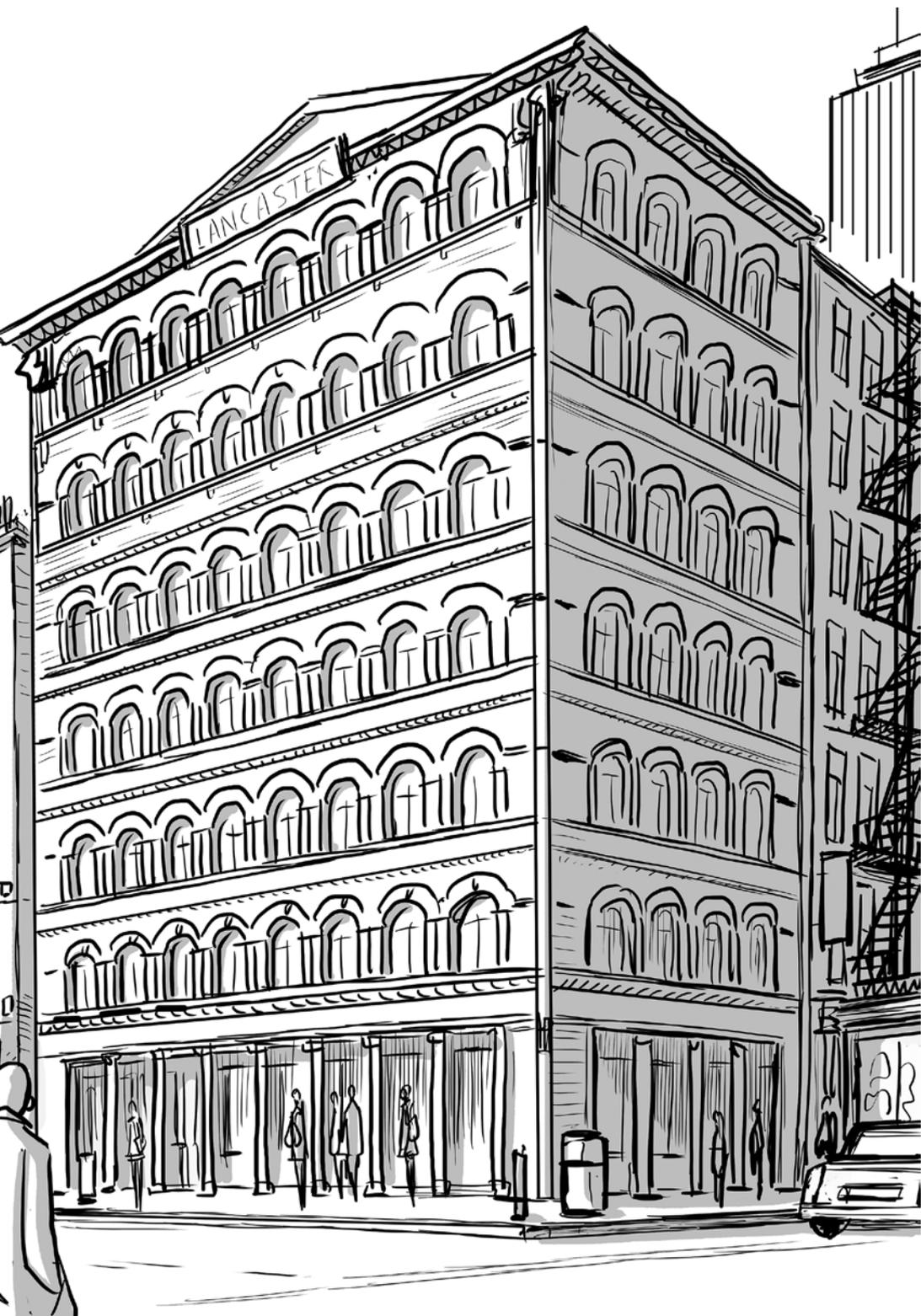
Una decisión que enlaza con la postura de otros artistas contemporáneos, como Banksy, Invader, el grupo Daft Punk e incluso la novelista italiana Elena Ferrante, para quienes el anonimato es una forma de dar énfasis a la obra y no al artista. «Una vez que está publicado, mi libro se basta a sí mismo», ha afirmado Conway.

Sin duda, los observadores tenían la esperanza de que la obtención del Premio Kafka animase a la escritora a salir de su guarida neoyorquina. Por desgracia, sus expectativas se han quedado sin cumplir, una vez más.

Blandine Samson

# La chica del Laberinto







# 1

## Escondida

---

*La historia que acontece delante de nuestras narices debería ser la más clara, y sin embargo es la más delicuescente.*

Julian BARNES

### 1.

Brooklyn, otoño de 2010

Hace seis meses, el 12 de abril de 2010, me arrebataron a mi hija de tres años, Carrie Conway, mientras jugábamos las dos al escondite en mi piso de Williamsburg.

Era una bonita tarde, clara y soleada, como las que tan a menudo ofrece Nueva York en primavera. Fiel a mis costumbres, fui a pie a recoger a Carrie al colegio, el Montessori School de McCarren Park. De camino a casa, nos paramos en Marcello's para comprar una compota y un *cannoli* de limón que Carrie se zampó mientras brincaba alegremente al lado de la sillita.

Cuando llegamos a casa, en el portal del Lancaster Building, situado en el número 396 de Berry Street, el nuevo conserje, Trevor Fuller Jones (lo habían contratado apenas tres semanas antes), le dio a Carrie una piruleta de miel y sésamo a cambio de que le prometiera que no se la comería ensegui-

da. Luego le dijo la suerte que tenía de que su mamá fuera novelista porque debía de contarle unas historias muy bonitas antes de dormir. Riéndome, yo le comenté que si decía algo semejante era porque no había abierto ninguna novela mía, cosa que confirmó. «Es cierto, nunca tengo tiempo de leer, señora Conway», me aseguró. «Lo que pasa es que no le dedica tiempo a leer, Trevor, que no es lo mismo», le contesté mientras se cerraban las puertas del ascensor.

Siguiendo nuestro ritual bien establecido, aupé a Carrie para que pulsara el botón de la sexta planta, la última. El ascensor se puso en marcha con un chirrido mecánico que hacía tiempo que ya no nos asustaba a ninguna de las dos. El Lancaster es un edificio viejo de hierro colado que están acondicionando. Un palacio inverosímil con amplias ventanas enmarcadas con columnas corintias. Antiguamente servía de almacén a una fábrica de juguetes que dejó de funcionar a principios de la década de 1970. Con la desindustrialización, el edificio se pasó casi treinta años abandonado, hasta que lo reconvirtieron para uso residencial cuando se puso de moda vivir en Brooklyn.

En cuanto llegamos a casa, Carrie se quitó las botitas de baloncesto para ponerse las zapatillas rosa claro adornadas con pompones algodonosos. Me siguió hasta la cadena de música y me miró mientras colocaba un disco de vinilo en el plato (el segundo movimiento del *Concierto en sol mayor* de Ravel) al tiempo que daba palmas ante la perspectiva de la melodía que se avecinaba. Mientras yo tendía la ropa se quedó unos minutos colgando de mis faldas y luego pidió que jugáramos al escondite.

Era, con mucha diferencia, su juego favorito. El que ejercía en ella auténtica fascinación.

El primer año, para Carrie el cucú-trastrás solo consistía en taparse los ojos con las manitas dejando los dedos abiertos

y ocultando la mirada a medias. Me perdía de vista unos segundos antes de que mi cara reapareciese como por arte de magia, haciéndola reír a carcajadas. Con el tiempo, acabó adquiriendo la noción de esconderse. Entonces se metía detrás de una cortina o debajo de una mesa baja. Pero siempre dejaba asomar la punta de un pie, un codo o una pierna mal doblada que delataba su presencia. A veces incluso, si el juego se prolongaba demasiado, acababa agitando la mano hacia mí para que la encontrase rápidamente.

A medida que crecía, el ejercicio se fue haciendo más complejo. Carrie había colonizado otras habitaciones del piso, multiplicando así las posibilidades de esconderse: agachada detrás de las puertas, echa un ovillo en la bañera, sumergida bajo las sábanas o metida debajo de la cama.

Las reglas también habían cambiado. El juego se había convertido en algo muy serio.

Ahora, antes de iniciar la búsqueda, tenía que ponerme cara a la pared, cerrar los ojos y contar con claridad hasta veinte.

Y eso fue lo que hice aquella tarde del 12 de abril, mientras el sol brillaba detrás de los rascacielos, inundando el piso con una luz cálida y casi irreal.

—¡No hagas trampas, mami! —me regañó Carrie a pesar de que yo estaba siguiendo al pie de la letra el ritual.

En mi dormitorio, tapándome los ojos con las manos, empecé a contar en voz alta, ni muy deprisa ni muy despacio.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco...

Recuerdo perfectamente el sonido amortiguado de sus pasitos en el parqué. Carrie salió del dormitorio. La oí cruzar el salón, empujar el sillón Eames que lo presidía delante de la inmensa pared de cristal.

—... seis, siete, ocho, nueve, diez...

Se estaba bien. Yo tenía la mente dispersa, de aquí para allá, siguiendo las notas cristalinas que me llegaban desde el

salón. Mi pasaje preferido del *adagio*. El diálogo entre el cor-  
no inglés y el piano.

—... once, doce, trece, catorce, quince...

Una prolongada frase musical, de notas perladas, que fluía  
sin fin y que algunos han comparado bellamente con una llu-  
via tibia, regular y serena.

—... dieciséis, diecisiete, dieciocho, diecinueve y veinte.  
Abre los ojos.

## 2.

Abrí los ojos y salí del dormitorio.

—¡Cuidado, cuidado! ¡Que llega mami!

Interpreté mi papel. Entre risas, desplegué todo el reperto-  
rio que mi hija esperaba de mí. Recorrí las habitaciones co-  
mentando jocosamente cada tentativa:

—Carrie no está debajo de los cojines... Carrie no está de-  
trás del sofá...

Los psiquiatras sostienen que jugar al escondite tiene un  
interés pedagógico: es un medio para que el niño viva la se-  
paración de forma positiva. Al ensayar ese distanciamiento  
temporal y ficticio, el niño, supuestamente, experimenta lo  
sólido que es el vínculo que lo une a sus padres. Para que se  
produzcan estos efectos, el juego se tiene que desarrollar  
como una auténtica dramaturgia y ofrecer en un breve lap-  
so un amplio abanico de emociones: excitación, espera y  
una pizca de miedo antes de que llegue la alegría del reen-  
cuentro.

Para que todas esas emociones se expandan, hay que pro-  
longar un poco el placer y no destripar la intriga demasiado  
pronto. Por supuesto, muchas veces yo ya sabía dónde se ha-  
bía escondido Carrie incluso antes de abrir los ojos. Pero esta  
vez no. Y al cabo de dos o tres minutos algo teatrales, decidí  
dejar de fingir y me puse a buscarla. En serio.

Aunque el piso es muy amplio (una especie de cubo de vidrio enorme de doscientos metros cuadrados en la esquina oeste del edificio), los escondites potenciales no son ilimitados. Lo había comprado unos meses antes, invirtiendo en él todo lo que había ganado con mis derechos de autor. El proyecto inmobiliario de renovación del Lancaster había tenido una estupenda acogida y, aunque aún faltaba mucho para que finalizaran las obras, la vivienda que yo tenía en el punto de mira era ya la única que quedaba en venta. Me había encaprichado con ese lugar desde la primera visita y, para hacerme con él y mudarme lo antes posible, accedí a pagarle al promotor una cantidad bajo cuerda. Una vez *in situ*, mandé tirar todos los tabiques que fuera posible para transformar el piso en un *loft* con una tarima rubia como la miel y un mobiliario y una decoración minimalistas. La última vez que jugamos, Carrie había sabido encontrar escondites elaborados: la muy pillina se había metido detrás de la secadora y dentro del escobero.

Con paciencia, aunque un poco irritada, seguí buscándola por todos los rincones y recovecos, detrás de cada mueble. Y vuelta a empezar. Con las prisas, me tropecé con la consola de roble donde están colocados los vinilos y el tocadiscos. Por culpa del golpe, el brazo del plato saltó del surco y puso fin a la música, dejando la habitación sumida en el silencio.

Fue en ese momento cuando se me formó un nudo en el hueco del estómago.

—Vale, cariño, has ganado. ¡Ahora sal de tu escondite!

Fui corriendo al vestíbulo para comprobar la entrada. La puerta blindada estaba cerrada con doble vuelta. La llave estaba metida en el cerrojo de arriba, en un manojo, fuera del alcance de cualquier niño.

—¡Carrie! ¡Te he dicho que salgas del escondite, has ganado!

Haciendo acopio de toda la sensatez de la que era capaz, traté de contener las oleadas de pánico que amenazaban con desbordarse. Carrie tenía que estar necesariamente dentro de la casa. La presencia de la llave en la puerta, bloqueando el bombillo, impedía que alguien pudiera abrir desde fuera, aunque tuviera una copia. Y las ventanas, desde que se había remozado el edificio, estaban selladas definitivamente. Carrie no solo no podía haber salido de la casa, sino que nadie podía haber entrado.

—¡Carrie, dime dónde estás!

Yo estaba sin aliento, como si acabara de cruzar medio Central Park corriendo. Por mucho que abriera la boca para respirar, el aire no me llegaba a los pulmones. Era imposible. No se puede desaparecer jugando al escondite en un piso. Es un juego que siempre acaba bien. La desaparición es una puesta en escena simbólica y temporal. No puede ser de otro modo. Forma parte de la propia esencia del concepto: solo aceptas jugar porque tienes la certeza de encontrar al otro.

—¡Carrie, ya está bien! ¡A mami no le hace gracia!

A mami no solo no le hacía gracia, sino que la estaba asustando mucho. Por tercera o cuarta vez comprobé todos los escondites habituales y luego me puse con los menos probables: el cesto de la ropa sucia, el conducto de la chimenea (que llevaba lustros tapado). Moví la pesada nevera, incluso corté la luz para desbloquear y abrir la caja del falso techo que albergaba los conductos de la climatización.

—¡CARRIE!

El grito retumbó por todo el piso e hizo vibrar los cristales. Fuera, el sol había desaparecido. Hacía frío. Como si el invierno hubiese irrumpido sin avisar.

Me quedé paralizada un momento, sudando, con la cara surcada de lágrimas. Y al recobrar los sentidos, fue cuando vi una de las zapatillas de Carrie en el pasillo de la entrada. Re-

cogí el zapatito de terciopelo rosa claro. Era el del pie izquierdo. Busqué la otra zapatilla, pero también parecía haber desaparecido.

Fue entonces cuando decidí llamar a la policía.

### 3.

El primer policía que se presentó ante mí fue el *detective* Mark Rutelli del 90<sup>th</sup> Precinct, la comisaría correspondiente al norte de Williamsburg. Debía de estar a punto de jubilarse. A pesar del aspecto cansado y las ojeras, enseguida se hizo cargo de que se trataba de una emergencia y no escatimó esfuerzos. Después de volver a inspeccionar el piso minuciosamente, pidió refuerzos para registrar el edificio, solicitó un equipo de la policía científica, envió a dos hombres a interrogar a los vecinos del Lancaster y comprobó personalmente los vídeos de vigilancia con el personal de portería.

En cuanto llegó, la zapatilla que faltaba lo convenció de que había que activar el dispositivo de alerta por secuestro, pero la policía estatal quería reunir más pruebas concretas antes de autorizarlo.

Mientras se desgranaba el tiempo, yo me moría de angustia. Estaba totalmente desubicada, sin saber cómo resultar útil a pesar de lo mucho que deseaba serlo. Le dejé a mi editora un mensaje en el contestador: «Fantine, necesito tu ayuda, Carrie ha desaparecido, tengo a la policía en casa, no sé qué hacer, la preocupación me está matando, llámame enseguida».

Pronto anocheció en Brooklyn. Carrie no solo no había aparecido, sino que ninguna de las investigaciones del NYPD había aportado la mínima pista. Era como si mi hija se hubiese volatilizado, como si se la hubiese llevado en la oscuridad un Rey de los Alisos sanguinario, aprovechando que me había descuidado un momento.

A las ocho de la tarde, la superior de Rutelli, la *lieutenant* Frances Richard, se personó en el espacio abierto que hay delante del Lancaster, al que me había tenido que bajar mientras un equipo registraba el trastero asignado a la vivienda.

—Le hemos pinchado la línea telefónica —me informó subiéndose el cuello de la gabardina.

La calle estaba acordonada y un viento helado se adentraba en Barry Street.

—No hay que descartar que quien haya secuestrado a su hija intente ponerse en contacto con usted para pedirle un rescate o por otro motivo. Pero, de momento, tiene que acompañarnos a comisaría.

—¿Y eso por qué? ¿Cómo quiere que la hayan secuestrado? La puerta estaba...

—Es lo que estamos intentando averiguar, señora.

Alcé la cabeza hacia la silueta rotunda del edificio que se recortaba sobre el fondo ultranegro. Algo me decía que Carrie seguía en el edificio y que estaba cometiendo un error al alejarme. Esperando encontrar apoyo, busqué la mirada de Rutelli, pero se puso de parte de su superior.

—Síguenos, señora. Tiene que contestar con más detalle a algunas preguntas.